

atribuía la naturaleza divina y la perfecta igualdad con Dios.

Así es como lo entendieron los judíos, y es preciso, ó acusar á Jesús de impostura, ó dar á sus palabras la significación que ellos las dieron, y, por consiguiente, negar la misión divina es negar al mismo tiempo la divinidad, porque, si Jesucristo no es Dios, se sigue que tampoco es hombre sincero, y ménos enviado de Dios. Después de haber referido San Juan la curación



Lámina 44.—El Cristo doctor.—Cuadro que se halla en el pórtico de la catedral de Chartres.
Data del siglo XII.

del Parálítico, consigna el discurso en virtud del cual Jesús, estableciendo la consustancialidad del Hijo con el Padre, mostraba á los judíos los títulos supremos de su divina misión, y ante una declaración tan terminante y autorizada, á la razón humana no la queda sino la obligación de humillarse y de reconocer incondicionalmente al Señor de la vida y de la muerte, y ese debe ser su proceder en todo lo que se refiere al Evangelio, al Cristianismo y á la Divinidad.

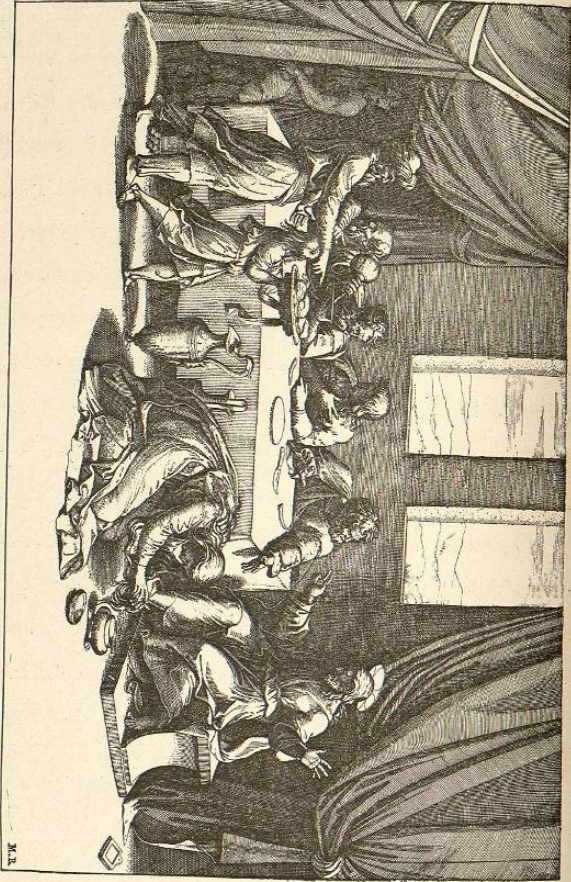
«En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en Aquel que me ha enviado tiene la vida eterna y no incurre en la condenación, sino que va á pasar de la muerte á la vida; y en verdad, en verdad os vuelvo á decir que el tiempo viene, que es ya llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la hayan escuchado y creído recobrarán la vida; porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, ha concedido al Hijo el poder de tenerla también en sí mismo, y le ha otorgado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. Se aproxima, pues, el tiempo en el cual todos aquellos que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan hecho buenas obras resucitarán para vivir, mientras que aquellos que hayan obrado mal resucitarán para ser condenados.»

De esta manera expone Jesucristo la doctrina acerca de su divina misión y sobre la futura suerte del hombre; y, á pesar de ser tan clara y evidente, le buscaban los judíos para quitarle la vida, alegando por motivo, no sólo la violación del Sábado, sino porque enseñaba que Dios era su Padre y que Él era igual á Dios.

LA MAGDALENA

Aunque Jesús tenía odio á los vicios de los fariseos, jamás aborrecía sus personas, y por eso aceptó cierto día el comer en

Lámina 45.—Jesús en casa de Simón el Fariseo; el perdón de la Magdalena. Jesús dice a Simón: «¿Ves esta mujer? Yo he venido á tu casa, y tú no has preparado agua para lavarme los pies, mientras que esta mujer me los ha rociado con sus lágrimas y limpiado con sus cabellos; tú no me los has besado, siendo así que ella no ha cesado de hacerlo desde que entró aquí; tú no has derramado óleo sobre mi cabeza, y ella, por el contrario, ha derramado sus perfumes sobre mis pies; y esa es la razón por que yo te aseguro que la son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho.»—Grabado de Marco-Antonio, según un tapiz de Rafael, en Oxford.



casa de uno de ellos, llamado Simón. Durante la comida entró en la sala una mujer natural de Magdala, llevando un vaso de alabastro, que contenía un licor aromático. Ésta era una gran pecadora, y toda la ciudad tenía conocimiento de sus escándalos; á presencia de los convidados se arrodilló detrás de Jesús, le besó los pies y derramó sobre ellos los aromas que llevaba, mezclándolos con sus lágrimas, y después enjugó y limpió con sus propios cabellos los pies del Salvador. El dueño de la casa, al ver la acción de Magdalena, se escandalizó de ver que Jesús consentía lo que hacía con Él, y decía en su interior: «*Si fuera profeta, sabría quién es esta mujer y que es una gran pecadora.*»

Mas Jesús quiso probar al Fariseo que sabía mejor que él todo lo concerniente á esa mujer, y que no le conocía menos á él mismo. Con ese fin le dirigió estas palabras: «Simón, tengo »que decirte una cosa. Un acreedor tenía dos deudores, uno de »los cuales le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; y no »teniendo ninguno de los dos con qué pagarle, les perdonó todo »lo que le debían; y ahora yo te pregunto: ¿Cuál de esos dos »deudores le amó más?»—«Según mi parecer, respondió Si- »món, aquel á quien más había perdonado.»—«Has juzgado »bien,» respondió Jesús. Y entonces, volviéndose hacia la peca- »dora y continuando su conversación con el Fariseo, dijo: «¿Ves »aquí esta mujer? Pues yo he venido á tu casa y no has prepa- »rado agua para lavarme los pies, mientras que esta mujer me

»los ha rociado con sus lágrimas y limpiado con sus cabellos; tú
 »no me los has besado, siendo así que ella no ha cesado de ha-
 »cerlo desde que entró aquí; tú no has derramado oleo sobre mi
 »cabeza, y ella, por el contrario, ha derramado sus perfumes so-
 »bre mis piés; y esa es la razón por que yo te aseguro que la
 »son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado más,
 »mientras que aquel á quien se perdona poco ama ménos.»

El olor aromático de la Magdalena se ha extendido sobre la tierra y pasado á todos los siglos, y, una vez aceptado por Jesús, es considerado como el suave olor de Cristo, el olor de la clemencia infinita que atrae hacia la vida eterna. La Magdalena es la primera penitente del Salvador, y la que le reconoció como tal y en el verdadero sentido, en que Él debía librar á su pueblo de los pecados. Ella le pidió la curación de las heridas mortales de su alma; hizo por ello verdadera penitencia, que es la de las lágrimas y del dolor, y pagó, en fin, á Dios el verdadero tributo, que consiste en el puro amor, por todo lo cual Jesús la distinguió con un honor que no había concedido á otra persona alguna. *«Ella ha amado mucho.»* Estas incomparables palabras no habían sido hasta entonces pronunciadas en el mundo, ni tampoco el mundo había imaginado cosa alguna que se las pareciese; por eso han quedado en medio de la sociedad ejerciendo más poder é influencia sobre los corazones que todas las luces de la razón, que todos los libros de los moralistas y que todas las prescripciones de la ley.

Jesús, pues, dijo á la gran pecadora, que en adelante es ya la gran penitente : *«Tus pecados te son perdonados.»* Y los fariseos, al oír esa noticia, principiaron á murmurar, como lo hicieron en Cafarnaum al oír semejante lenguaje. *«¿Quién es este, se decían, que perdona hasta los mismos pecados?»* En casos semejantes, el mundo siempre es el mismo, y, ó no permite que se condene, ó no admite que se perdone; y ordinariamente es guiado en sus actos, ó de una infame indulgencia, ó de un rigor implacable, mientras que Dios, por el contrario, quiere el arrepentimiento, y perdona y santifica al arrepentido. Conforme á esos designios, sin responder más á los fariseos, dijo á la Magdalena : *«Tu fe te ha salvado; anda en paz.»* Ni tampoco añade : *«No peques más,»* como dijo al Paralítico y diría más tarde á la mujer adúltera, porque la Magdalena ama, y donde hay amor verdadero, nada hay que decir ni nada que advertir.

Esta pecadora es aquella misma Magdalena de quien en otra parte del Evangelio se dice que Nuestro Señor la libró de siete demonios, y la misma hermana de Lázaro y de Marta, á quien dijo Jesús que había escogido la mejor parte. Á ella se la verá en el Calvario al lado de María y de Juan, los dos purísimos vasos de la santísima virginidad, y será allí como la realidad y el cumplimiento de las promesas de inmensa misericordia con que habían sido figurados Thamar y Rahab, ascendientes del Mesías.

Por entonces se cumplía el tiempo que San Jerónimo llama

el año de paz, el año dulce de la vida de Nuestro Señor, porque, en efecto, hasta entonces Jesús había encontrado muy pocas contradicciones y había sido bien recibido por todo el mundo. Todavía no estaba organizada la resistencia por parte de los fariseos, y el pueblo, guiado de sus propios instintos, recibía con grande amor los beneficios del Señor.

Estas primeras relaciones del Evangelio, á pesar de su exactitud y seriedad, despiertan verdaderamente la idea de una fiesta divina, en que se ve la hermosa claridad de la aurora, y en donde la misma naturaleza, enriquecida de sus dones y de sus gracias, parece que se presenta en tales momentos más risueña y como engalanada de los dulces reflejos del Edén. Había todavía á la sazón algo de más perfecto y sublime en la serenidad de aquellas tranquilas y apacibles noches que veían á Jesús entregado á la oración, en la limpieza de las aguas sobre las cuales caminaba, en la pureza de aquel aire que recibía su aliento; y si los perfumes y suavísimos aromas de la Magdalena embalsamaban y llenaban toda la casa en que se derramaron, ¿qué olor tan sublime y tan suave de vida no alegraría y animaría todos aquellos contornos y lugares que fueron saludados con el santo aliento y dulce mirada de Jesucristo? «*Haced penitencia, porque el reino de Dios se acerca.*» Estas saludables palabras de Juan Bautista eran repetidas y confirmadas por la amorosa voz del Salvador, al mismo tiempo que Él derramaba por doquiera el bálsamo sobrenatural de su doctrina y la abun-

dancia de sus milagros. Jamás se había presentado cosa semejante y tan portentosa á los ojos y al corazón de los hombres, y antes de esos momentos nadie había pensado en suscitar la cuestión, ni en meditar el punto referente á la proximidad del reino de los cielos. La edad de oro quedaba ya atrás, y hé aquí que se acerca y llega otra más preciosa, y es el reinado de lo sobrenatural y la vida divina que por participación y por gracia se trasmite al corazón humano por medio de una saludable penitencia, vida y recompensa al mismo tiempo de la virtud y del amor de Dios.



Lámina 46.—Un ángel conduce á los hebreos para salir de Egipto.
Figura de Jesucristo conduciendo el mundo.
Manuscrito del siglo XI.V, en la Biblioteca nacional de París.